

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 27 de Octubre de 1898

Núm. 414



¡No sé quién era más beila — si su cara peregrina — ó la luz que daba en ella!



Burlas y veras

Rip.

O sea, R. I. P.

Si yo imitara á muchos de los que por ahí garrapatean, aunque ellos aseguran, bajo su palabra, que escriben, pronto saldría del compromiso.

Metiéndome con los muertos, estaba al cabo de la necrópolis.

Figúrense los lugares comunes que podría repetir cómodamente, sin más que hilvanar por el patrón cortado.

Todos los años, por éstos mismos días, se acuerdan los hombres de que las glorias humanas, son humo, lodo, y otras lindezas por el estilo; á los que además de hombres, son revisteros, les da por los *gípios*, y á los poetas, por los sauces llorones y melancólicos.

Otros creen que no se puede conmemorar á los fieles difuntos, sin liarse á trompazo limpio con la filosofía, y caen del lado del escepticismo como el imponderable (no es fluído, ojo), Sagasta, amigo del morrión y de los pimientos de la Rioja, cae del lado de la libertad.

Siempre notarán ustedes que estos días, sienten los gacetilleros, los filósofos de la gacetilla, los poetas trasnochados y trasnochadores, comezón de confesar las culpas... de la Raza, es decir, de los otros, porque ellos, característicamente, se colocan fuera de la Humanidad. Y ocurre, sin variantes, que los pobrecitos muertos son unos desgraciados, á quienes se relegó al olvido (aunque los más les visiten, les regalen, y les atiendan), y que los vivos somos la quinta esencia de la ingratitude. ¡Es muy fuerte, señores, que los que viven pierdan de vista que han de ser *muertos* alguna vez!

Yo, por lo que á mí toca, declaro que dejé á un sér querido en el *recinto lóbrego* (que diría cualquier Grilo, suponiéndole capaz de encontrar consonante), y que lo dejé y no he vuelto por allí.

¡Abajo esas sonrisas, los hipócritas que me tachen de irreverente! Los sepultureros dieron tierra á la carne, y yo sepulté al sér querido, en mi corazón.

Y como le tengo tan cerquita, tan cerquita, no aguardo nunca á que llegue el día oficial, ¡un día, un sólo día al año para visitarle.

Digan ustedes, ¡oh, escépticos! que es pura comodidad. Certifico: no me gusta violentarme cuando quiero sentir.

No faltará quien diga que eso de meterse con los muertos es sobradamente duro.

¡Cuestión de palabras! No lo es. Descansen en paz, como dicen los que no meditan, pero les aseguro que soy algo más piadoso deseando que no descansen.

¿Para qué? Ni los huesos permanecen, una vez entregados á la madre tierra inactivos. El alma *perdida* en la inmensidad menos. *Pulvis est, et pulvis...* oigo que me suelta al oído un chusco.

Es la eterna cuestión: que la letra mata al espíritu, y que me parece ciego el que sólo ve la letra delante de sí.

¿Palabras? Nó, no se trata de palabras. ¿Para quién fué escrita la sentencia? Para los orgullosos y soberbios, para los comidos é inflados de la vanidad.

Si el polvo vuelve al polvo no es para quedar en partículas improductivas de tierra.

Conviene, señores, ejercitar el pensamiento.

Pulvis est... el orgullo, humano.

J. F. Luján.



La Saeta

— Mirad, para que anden los barcos no hay como una mano inteligente... ¡Cuando seamos potencial...
— ¿Potencia has dicho?... Voto por el desarme.

Artículo femenino

I

Un año hace que estoy perdidamente enamorado de la mujer más hermosa que he conocido en el mundo. No sé quién es, ni cómo se llama, ni dónde vive, ni cuál es su carácter, ni cuántos los números que forman su guardia. Pero vale mucho, porque es una perla.

Cuando habla, seduce; cuando ríe, encanta; cuando mira, mata. Hay en su frente dignidad y belleza; hay en sus ojos gracia y altivez; hay en sus labios dulzura y malicia; hay en su garganta nieve y fuego; hay en sus... ¡sus! que me quemó...

Adelante, adelante, que no me he propuesto escribir un artículo *de fondo*.

Donde quiera que se encuentra, la atención general se fija en ella exclusivamente. Todos la miran, todos la requiebran, todos se la disputan, muchos la siguen y algunos la dirán eso que se llama *algo*, lo cual vendrá á ser para mí un *todo* que me deje sin *nada*.

En este punto me libraré muy bien de entrar en competencia con nadie, porque carezco de atractivos personales y no cuento con gracias de ningún género, á pesar de que siempre estoy recibiendo de todo el mundo.

Yo no tengo pelo. Se me ha caído á fuerza de

cavilar sobre los destinos de mi patria y sobre los medios con que en mi patria se consiguen los destinos. Mi vista es de miope, cuando trato de ver lo que deseo, y está cansada de ver lo que no quiero.

Soy sordo. Me ha hecho perder el oído la música de los cafés líricos.

Me faltan los dientes por comer garbanzos en casas de huéspedes.

Por haber tratado con andaluces me he quedado tartamudo.

Ando con un pie. Pero mi cojera no es natural, sino civil. La cogí porque me cogieron.

Nací pequeño y contrahecho. Mi padre es agente de negocios y no ha parado un momento en toda su vida.

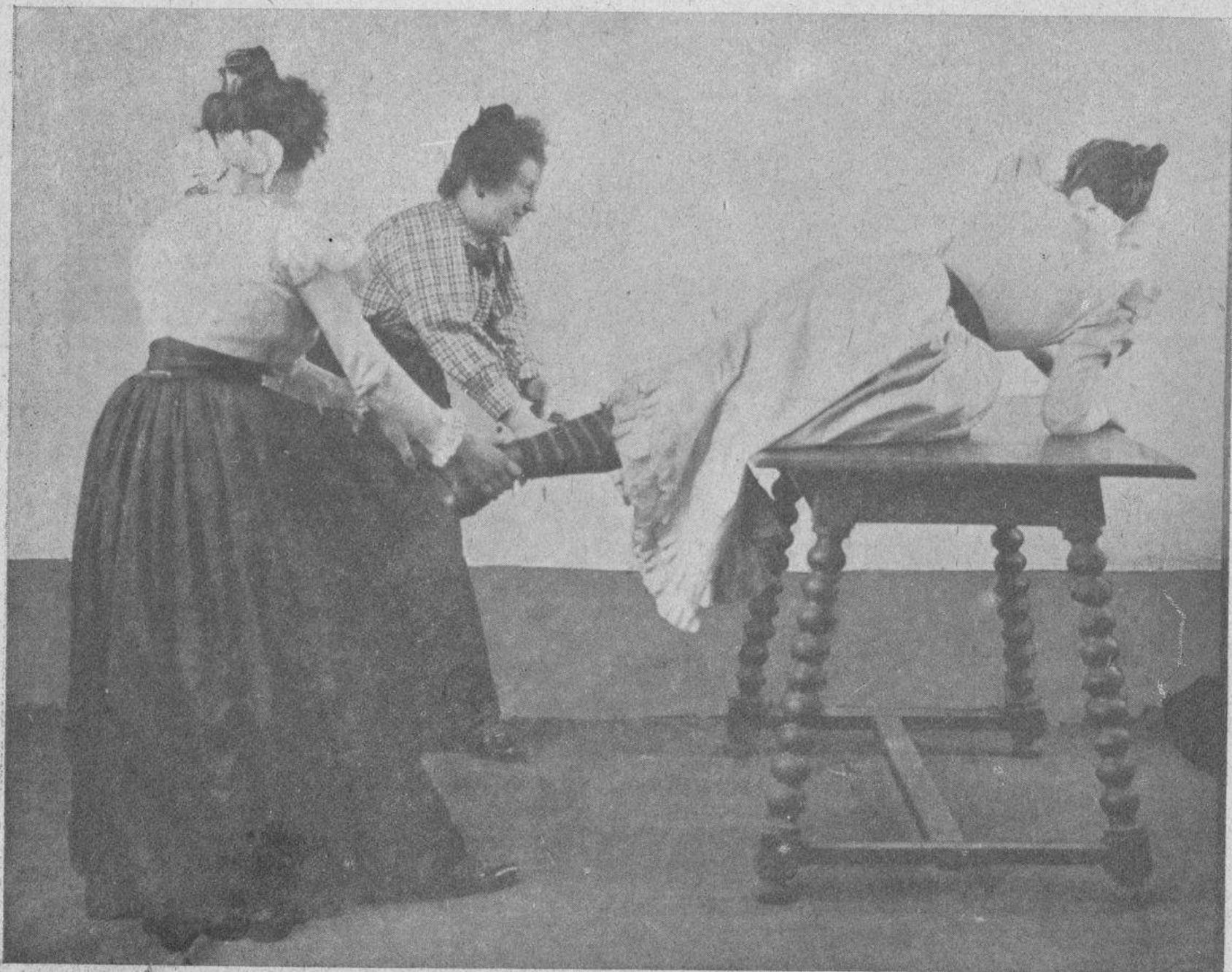
No sé nada, porque no he sabido salir de pobre.

Soy, en fin, todo un nadie, hablando claro y pronto.

¡Y cómo con tales antecedentes he de atreverme á mirar siquiera á la que es objeto de tantas miradas, y menos á pensar en la que es dueña de todos los pensamientos!

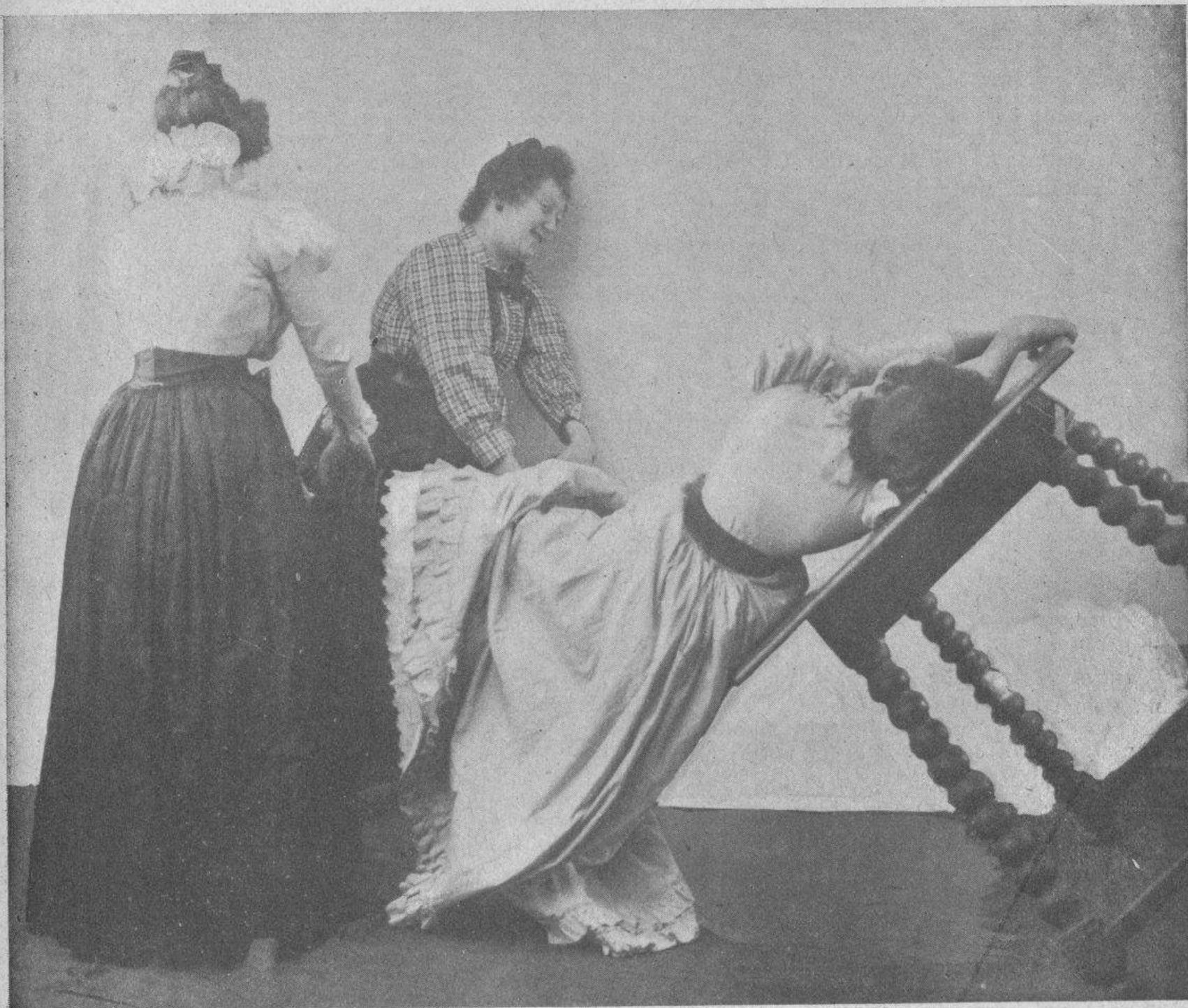
¡Dios mío, Dios mío! ¡Por qué no ha de admitir el hombre composturas, como las admiten los gabanes de los cesantes, los abanicos de las coque-

LA DIPLOMACIA Y LA FUERZA



1 — Que no me vencéis, y eso que sois como los yankees; pero el derecho...
— Protesta, ya veras si dos contra una... ¡La fuerza nunca está torcida!

LA DIPLOMACIA Y LA FUERZA



2 — ¡Con todo, mis uñas son poderosas... y en último resultado...!
 - ¡Si fueras más ilustrada! Mira si es fácil vencerte, perdido el equilibrio...

tas, las casas viejas y los matrimonios mal unidos!...

II

A veces la fijeza en una sola idea concluye con todas las ideas de un hombre.

Esta mujer me ha vuelto loco. Desde que la vi, tengo su imagen grabada en mi corazón, y preocupado con ella, ni sé lo que pienso, ni pienso lo que digo, ni medito lo que hago. Mi razón se ha extraviado por completo.

Estoy con la boca abierta oyendo hablar á un pesado, y tanto más me gusta, cuanto menos me interesa y menos entiendo lo que cuenta.

Me entusiasmo al lado de un mal músico que toque un instrumento destemplado sin sentimiento, sin afinación y sin compás.

Gozo lo que no es decible, cuando me encuentro rodeado de inocentes angelitos que lloran y rabian á un tiempo, sin que se sepa si es de puro hambrientos ó de puro hartos.

Me arrebató un calavera sin talento, un gracioso sin discreción y un poeta sin genio.

Admiro los inventos modernos, cuando veo que por virtud del magnetismo, necesita el hombre estar dormido para saber lo que ignora despierto.

Aplaudo á los que cobran por aplaudir, y daría con gusto mi sangre por el gobierno, cuando manda que me la saquen por trimestres.

Y envidio la nobilísima misión del diputado ministerial, que emplea todos sus recursos en emplear y en ser empleado.

He variado de temperamento y hoy soy más linfático que un canónigo de gracia. Paso las horas olvidadas al lado del viejo que está siempre gruñendo, al de la beata ñoña que vive rezando de miedo, al del fatuo que censura y critica cuanto ve, presumiendo ser competente en todo, y al del pobre hombre que se duerme porque no entiende de nada.

Yo soy, por lo tanto, en la época actual un hombre interino que, si Dios no lo remedia, terminará probablemente su interinidad haciéndose propietario y trasladando su padrón á Leganés.

Afortunadamente, este pueblo acabará dentro de poco tiempo por confundirse con la corte.

III

Ha dicho un célebre poeta contemporáneo que la pasión de los celos es la que da más tormento á quien la siente y más risa al que la ve. — El hombre celoso es, con efecto, un verdugo de sí mismo, una verdadera calamidad para la mujer á quien ama y un payaso para cuantos le tratan y le observan.

Nadie debe por esta razón dejarse dominar de

La Saeta

pasión tan fatal. La primera obligación del hombre es la de serlo siempre.

Pero ¡ay!... El juicio desaparece cuando el sentimiento manda. Yo, que jamás conocí los dichosos celos, he empezado á sentir ahora sus primeros síntomas y sus preludios, si bien debo confesar que son ligeros y prudentes.

Me encuentro en un café, por ejemplo, y esa mujer viene á trastornarme con sola su presencia. Aquí comienzan mis cavilaciones. — Algo habrá, digo para mí, cuando no ha venido antes; por algo viene ahora: sus motivos tendrá para no venir más tarde.

Toma asiento y apoya en la mesa el brazo izquierdo. — Aquí hay misterio, prosigo diciendo; más natural sería que hubiese apoyado el brazo derecho.

Suspira. — Claro; no habrá venido el otro.

Se ríe. — Vamos; el otro ya ha venido.

Baja los ojos. — ¿Estará diciendo que sí, sin que nadie lo conozca?

Estornuda. — Me alegro. Se ha constipado por haber estado hablando á la reja toda la noche. ¡Ay! ¡Si hubiera una pulmonía vacante para el de la calle!...

Lleva el pañuelo á la boca. — Siempre será un recuerdo de algún catalán fabricante de tejidos de algodón. ¡Si esa niña no hace nada sin catorce motivos!...

Se acerca á ella un muchacho y dice: «cerillas, caballeros». — Oye, chiquillo, fuera de ahí, que para vender fósforos, no se necesita tanta palabrería.

Pide café. — ¿Pues no es más propio en las niñas tomar un helado, ó un refresco, ó un platito de dulce? Nada, nada, está visto; habrá tratado con algún militarote...

Pasa la vista por *La Correspondencia*. — Ya pareció aquello. Diputado tenemos. Pobre Ballesteros, te han votado.

Manda al mozo que limpie la mesa. — Todo se ha averiguado. A esta niña no la gustan las manchas. La peor mancha es la de aceite. El aceite se produce en Andalucía; no hay remedio, su novio es andaluz.

Se levanta, por fin, y se marcha. — ¿Dónde irá? ¿Qué hará? ¿En qué va á pensar? ¿De qué va á soñar?...

¡Cielo santo! ¡Cuánto debe sufrir el hombre celoso! ¡Qué será de mí cuando los celos me dominen!...

IV

¡Mujer hermosa, mujer celestial! No me mires, porque tus miradas me matan; pero no te enojese si ves que las mías son sólo para ti.

Si por acaso alguna vez fijases tus ojos preciosos en estas mal trazadas líneas y ocuparan tu atención mis extravagantes pensamientos, dame motivos para que yo suspire por ello. Que el que nace infortunado y vive en la desgracia, padece gozando, como sufre padeciendo.

¡Triste de mí, si llegase un día en que no tuviera por qué suspirar!...

V

Pernónenme mis lectores, si he molestado su ilustrada atención con una simple fabulilla.

Yo no apelaré de su fallo, si me juzgan un hombre con el corazón de un niño.

LORENZO BALLESTEROS

LA DIPLOMACIA Y LA FUERZA



3 — ¡Qué equilibrio ni qué mojigangas! Caigo, pero el par de coces ni Dios te lo quita.
— ¡Cielos! ¿Has dado bula al carácter aragonés?

La duda

Es triste enfermedad del espíritu; nace en él como árbol que extiende y ramifica sus raíces en el seno de la tierra, ostenta su tronco en el humano cerebro, y dirige sus ramas y sus hojas á los sentidos corporales en que influye el medio ambiente.

Es decir, que inficionada el alma así, trastorna consecutivamente los órganos de la razón y de la impresionabilidad.

Comienza el monstruo su obra terrible por arraigarse en lo más íntimo del sér: en la conciencia; extiéndese en seguida al tronco cerebral atacando la noble razón, y termina invadiendo el carruaje nervioso y sensorial, para que el hombre dude desde el primer instante en que recibe las impresiones del mundo donde vive.

No parece sinó que la tiniebla imaginaria de la eterna negación (verdadero sér consciente del infinito), lanzando fantasmas nebulosos de negrura sobre los primitivamente claros entendimientos de los humanos seres, los compenetra ó nó, según el grado de especial resistencia de los unos ó los otros.

Y ¡ay de aquellos cuya luz natural sea eclipsada por la obscurísima sombra del *mal*! Progresivamente atrofiados el sentimiento y la inteligencia, (precioso capital inactivo de su doliente espíritu, la inactividad), la quietud más horrorosa del hombre, la intelectual, la moral, vendrá á coincidir con el completo desarrollo, con el triunfo, en fin, del monstruo encarnado, del Satán del pensamiento.

El excepticismo; la nostalgia espantosa del no sentir; la neurosis desencadenada del pobre cuerpo, que sólo vive de las espontáneas fuerzas de la materia, constituirán el fatal desenlace del drama doloroso de la duda.

¡Justo castigo moral, buscado por el mismo que no supo vencer en la lucha, que no supo multiplicar y mantener vivo el bello y poderoso capital de su entendimiento!

R. SÁNCHEZ.

(De los intelectuales.)

— ¿Si el hombre es eso... la vida qué es?

Picardías clásicas

Oye, que decirte intento,
Pascuala, sin darte enfados,
lo que pasa á los soldados
que van á su alojamiento.
Llegan cuanto á lo primero,
al huésped, y fanfarrones,
á las primeras razones
le pescudan, si hay dinero.
Visitan luego en creyentes
los corrales y cocinas,
y hacen Pascua de gallinas
como Heródes de inocentes;

sin que se reserve en suma
sola un ave de sus manos,
porque sin ser escribanos
se sustentan de la pluma.
Requiebran á todo ruedo,
y de su manifiatura
no hay labradora segura;
comen y beben sin miedo,
con que al partirse sin penas
suelen dejar sin desvíos,
los huéspedes muy vacíos
y las huéspedes *muy llenas.*

Le XXII siècle

(CUENTO DEL PORVENIR)

¡Portentosa redacción aquella!

Veinte grandes máquinas movidas por la electricidad; un ejército de cajistas, litógrafos, fotógrafos y pintores; cerca de cien redactores y taquígrafos, cronistas y gacetilleros; un teléfono para cada redactor y á la puerta de la casona cuatro coches constantemente dispuestos á partir, arrastrados por vigorosos normandos, allí donde hubiera el cebo de una noticia.

En medio de toda aquella barahunda, imperturbable y rígido, como un Júpiter de la tierra, estaba Mouton, el director de *Le XXII Siècle*, que trataba á sus redactores á latigazos.

Se contaban de Mouton rasgos de osadía verdaderamente asombrosos.

En cierta ocasión el presidente de la República francesa le rogó que pusiera un suelto sobre asunto baladi, y Mouton contestó verbalmente al emisario:

—Digale V. al Presidente que no me da la gana. Y que no me fastidie mucho, porque le destituyo...

Mouton podía decir eso impunemente, pues sabia que *Le XXII Siècle* tenia dos millones de suscriptores y los brazos de Francia entera á su disposición.

Broutin, el jefe de los gacetilleros, se hallaba en aquel momento, tieso como un huso, delante de su director.

—Estoy muy descontento de V. Broutin, — le decia éste. — Es V. el causante de que el periódico decaiga visiblemente. El mes último apenas si se han registrado quince mil altas. ¿Cree V. que para eso le doy yo veinticuatro mil francos anuales de sueldo? Apenas si me trae noticias de asesinatos, incendios, explosiones, terremotos, pestes, batallas entre naciones opulentas de esas que tienen en pie de guerra millones de soldados. El interés de *Le XXII Siècle* está resultando cosa mitológica. Me va V. disgustando, Broutin.

—Pero, señor Mouton, si no hay medio de encontrar gacetillas; el mundo descansa de las terribles fiebres de los tres siglos precedentes.

—Se buscan noticias bajo tierra.

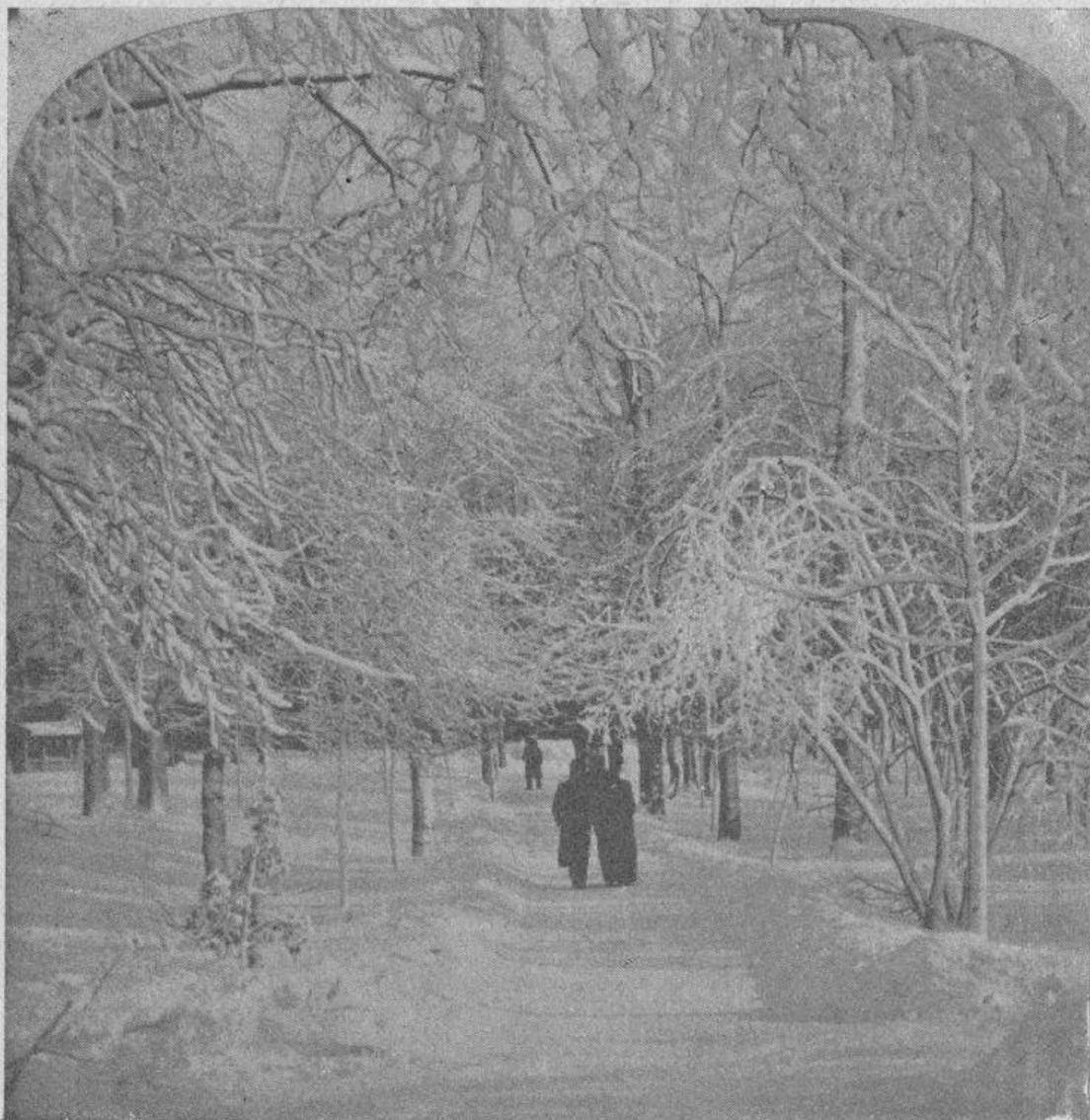
—Si no las hay tampoco, señor Mouton; que nó, que no las hay, y eso que rebusco...

—¡Pues se inventan!.. — vociferó el director con fragorosa voz — y con eso he dicho bastante. Mañana quiero que se vendan por las calles quinientos mil números y para ello necesito una información estupenda. Encárguese usted de buscarla, fuere como fuere: eso no es cuenta mia.

—El tren de la línea del Sudeste llega á las doce de esta noche, verdad, señor Mouton?

—Sí, hombre, á las doce; pero déjeme en paz: una noticia sensacional para mañana, y basta.

Como era corriente ver el coche del periódico cruzar vertiginosamente en todas direcciones, no sorprendió á París distinguirle, á las once de la noche, atravesando como una furia la carretera que el ferrocarril del Sudeste seguía hasta llegar á la gran capital.



Paseo de los amantes en el Niágara.

Seiscientos mil números de *Le XXII Siècle* se vendieron al día siguiente.

Verdad es que el periódico estaba interesante, al describir con cúmulo de detalles, fotografías y cromos el descarrilamiento ocurrido la noche anterior al ferrocarril de la línea del Sudeste, horrorosa catástrofe en la que habían perecido cerca de mil personas.

—Soberbia noticia, Broutin — le dijo Mouton, sin dignarse mirarle, cuando á las seis de la mañana se iba á descabezar un sueño de dos horas el gran periodista, director del más importante periódico de la República.

—Me alegro de que esté usted contento con la noticia, que verdaderamente es casi inventada.

—Cómo ¿es mentira lo del descarrilamiento? — replicó aferruzado Mouton, cogiendo un revólver que tenía sobre la mesa y apuntándole al pecho.

—Es tan verdad como que yo me llamo Broutin. Pero digo que es una noticia inventada porque si ha sucedido el descarrilamiento se debe á que yo mismo, poco antes de la llegada del tren, tuve buen cuidado de arrancar los rails en un trayecto de cinco metros...

MARTÍN DE LA CAMARA

Cuestión de puños

Y que digan los enemigos del progreso cuanto gusten, olvidando que la realidad es maestra incorregible de verdades.

A los hechos me atengo yo, y aseguro de consiguiente, que en determinados puntos de las regiones americanas, en otros de la República Francesa, y aun entre los ingleses ocurre á cada paso que la mujer da cruz y raya al hombre.

Veo desde mi observatorio con la poderosa lente de mi imaginación, que más de un chusco sonríe dando á su fisonomía la más picaresca de las expresiones maliciosas.

A eso respondo: hechos, señores míos, hechos y no sonrisas, hechos y no palabras.

En todas las naciones que he citado la mujer ha conseguido revindicar derechos connaturales, á pesar de las más abstrusas disquisiciones de los filósofos.

En este país, donde siempre vamos á la zaga, ocurre algo parecido, si bien no tan ostensiblemente que preocupe nuestro indiscutible carácter musulmán.

Pero conste que, como dijo el otro, hay más por esas Américas de Dios y de los yankees.



Y hay que la mujer no sólo conquista palmo á palmo el terreno de la civilización, sino el de la filosofía parda.

Así, por ejemplo, en una de las más conocidas poblaciones de la *United*, es popular mademoiselle Towok, quien si no ha cursado estudio ninguno en la facultad de derecho es una de las más célebres *campeonas* para el manejo del pedal y el corrido de la bicicleta.

Y la tal señora ha logrado, nó establecer el régimen autónómico individual, según los últimos adelantos políticos que dejan atrasado de noticias al ilustre Pi, sino volver la tortilla en toda la extensión del dicho castellano. En su casa remienda las medias de los chiquillos mister Towok (que no se llama Towok, sino Fundenland, pero ella ha impuesto su apellido); lava la ropa; ajusta sus cuentas con la criada y con el *lavandero*; cocina, y así sucesivamente.

Claro, mistress no tiene un rato en todas las horas del día para tan bajos y ruines quehaceres. El club-intercomunal-velocipédico, de que es vice, le absorbe todo su tiempo. Entre sesiones y records no hay quince minutos disponibles para freir patatas.

Y mientras el caballero se queda repasando la ropa de la colada, la señora, abotonando los guantes, dispuesta para una de las más célebres carreras, en que tiene por seguro conseguir el premio de honor, se despide despóticamente «esperando que las camisas y los calzoncillos no queden tan oscuros como en la semana anterior.» — Puños, le dice, amigo mío, puños.

¿Si tiene moraleja este cuento? Sí... No es extraño que las mujeres acaben por volver la tortilla, teniendo como tienen la sartén del mango. Todo es cuestión de puños, desengañense ustedes.

PRUDENCIO ROCA



— ¡Si es o más fácil!

El canto del pastorcillo

¡Dejadme solo! Que la pena mía
no cabe ya en mi pecho.
No vengáis nó, con intención de darme
grato consuelo.

¡Dejadme solo! Que mi amargo llanto
continúe saliendo.
No vengáis nó, para enjugar las lágrimas
que triste vierto.

Mi deliciosa amada por los montes
no camina hace tiempo;
¡hace mucho no llega á mis oídos
su dulce acento!

No turbéis mi dolor, porque es mi dicha
este dolor acerbo.
Hoy mi único goce es que por ella
suspiro y peno.

¡Mi dulce amor por siempre me ha dejado!
Por piedad, compañeros,
no sintáis compasión por el que llora;
pasad de lejos.

¡Dejadme á solas, porque soy dichoso
con mi dolor acerbo!
Nunca en mi vida estuve tan alegre
¡me estoy muriendo!

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



— ¡Guardando el centro de gravedad!...

Cuestión de primo

Dime, adorada Friné,
¿quieres mi vida y mi amor?
Y su labio seductor
me dijo: quiero *café*.

Escucha Pepa salada,
¿quieres mi amor y mi vida?
Y contestó conmovida:
sí la quiero con *tostada*.

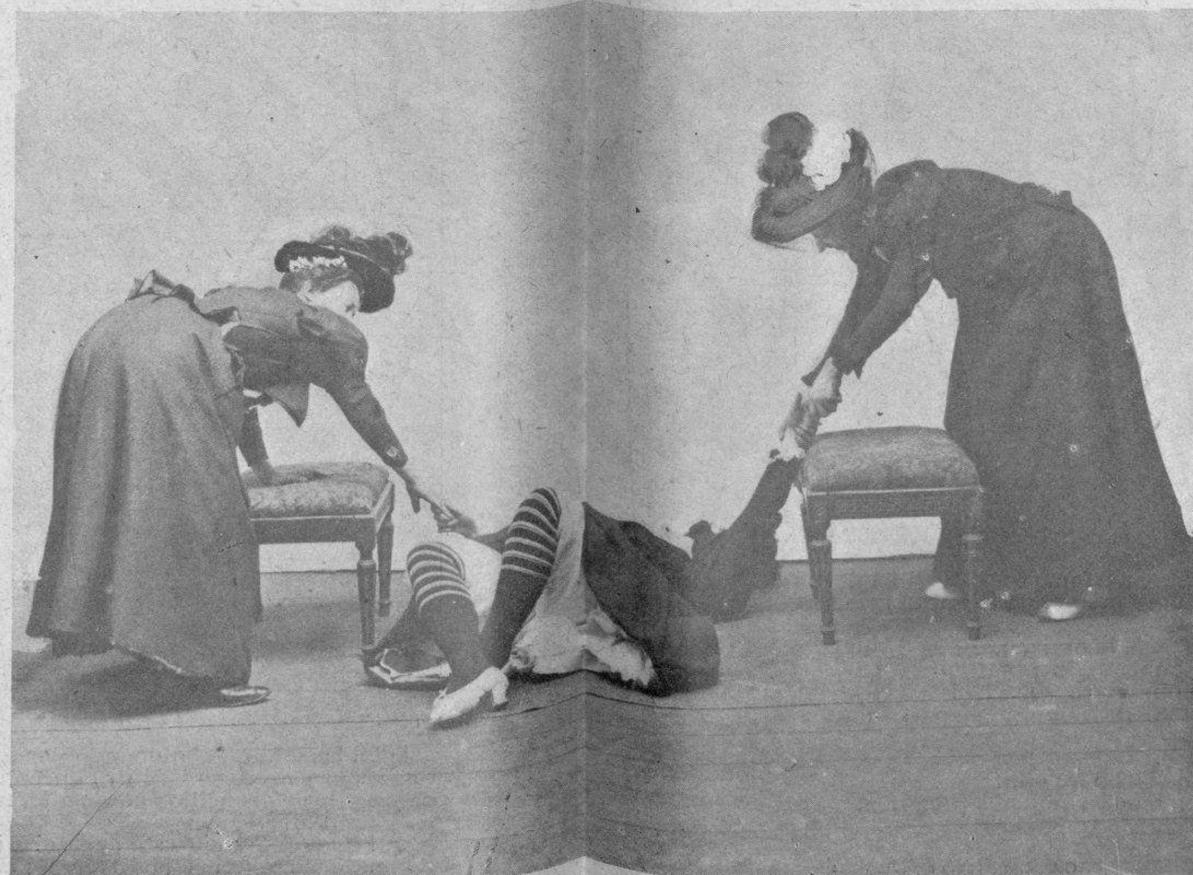
Oyeme, bella Dolores,
¿quieres mi gloria y mi lira?
Y dijo: mi alma suspira
por un buen ramo de *flores*.

Ven, ángel de mis amores,
para tí es el mundo entero;
v exclamó: pues mira, quiero
café con tostada y flores.

Ya ves ¡oh lector amado!
á qué estado hemos venido,
donde solo es bien querido
quien es mejor exprimado.

Y pues exprimado digo,
sabe me van á exprimar,
porque me voy á casar
con la prima de un amigo.

RICARDO VALVERDE Y DE VALLS



— ¡Anda, hija, si llega á ser ese centro de vidrio!

Uno como hay muchos

Para Julio Cascajares de Hinojita no había virtud posible.

¡Quiá, hombre!

Todas, todas, todas, estaban en el caso de capitular.

Eran á lo sumo plazas fuertes, y aún en este caso (la excepción), todo consistía en la táctica desplegada por el hombre para rendir al enemigo.

—La virtud (decía él) no puede tomarse como punto fundamental; «tiene sus mases y sus menos»; está en relación de las prendas físicas y del ingenio que posee el *asaltante*.

Alguien murmuraba del de Hinojita, asegurando, entre otras cosas, que (como cada quisque) estaba á las verdes y las maduras y que el tal no hablaba de la feria según le iba en ella, sinó que escondía todo cuanto pudiera herirle y mortificarle: por ejemplo, los muchos palos y los repetidos desaires que se habría visto en el caso de aguantar, dado su atrevimiento, y de ser ciertas todas las aventurillas de que se vanagloriaba.

He de hacer presente en honor de la verdad que las personas serias no le hacían caso, si no es que le miraban con desprecio.

Pero resulta que en ciertos círculos superficiales campaba Cascajares á su gusto, causando la admiración de los novicios y sirviendo de blanco á los guasones.

Uno de éstos propuso cierto día que diese el pollo una conferencia sobre el arte de conquistar, y el ilustre Julio se excusó pretextando que carecía de dotes oratorias.

«—Pues yo lo diré — añadió el otro — yo lo diré en dos palabras. El señor don Julio Cascajares de Hinojita no es mal tipo. Viste bien. Procura gastar tiempo y con toda la ostentación que el caso requiere. No le falta trato social en lo que atañe á las más superficiales formas; pues ya es sabido que no todos los espíritus son profundos. Y ahora, presentado el hombre, pasemos á su sistema. Ve á una dama y hace como que se enamora; tiene nó el corazón, sinó la fantasía inflamable, y vueltas van y vienen llega á figurarse él que en efecto es un rendido don Juan. Entonces se acicala, se perfila, se pule, y es seguro que le veréis pasear por la calle de su adorado tormento á caballo siempre — este señor está por la caballería que con su vano orgullo estima como unidad táctica indiscutible — muy tirado de bota, espuela de oro, pantalón de punto y guante blanco.»

No dijo esta tirada el apologista sin que Julio intentase protestar; pero el que hablaba seguía impertérrito haciendo ademán con el brazo para contenerle; á los oyentes les divertía la peroración y no le dejaban á Cascajares interrumpir; trató él, en el colmo de la rabia, de levantar el campo, pero un brazo de coloso le contuvo.

«—Yo le he visto, continuó el implacable orador, yo le he visto más de una vez jinete elegante y en cierto modo irresistible. Ocurría que rara vez estaba lo que él toma por plaza fuerte en el balcón, pero no desesperaba, y con paciencia digna de mejor causa, pasaba y repasaba desempedrando con los cascos de su cabalgadura el arroyo. ¡Qué gentil apostura la suya si la señora salía un momento á respirar el aire (nó á verle á él, conste). Entonces afinaba su monóculo, se crecía sobre la silla, aflaba su bigote... y al cabo de tres ó cuatro sesiones como la que narro sabían en el Casino que el galanteador de oficio había ceñido á sus sienas una vez más los laureles del vencedor.»

Julio estaba como un pavo que se ahoga. Pero no conseguía imponerse á las risas del auditorio y no alcanzaba sinó á manotear.

«—¿Vencía, efectivamente? dirán ustedes. Lo que yo puedo aducir es que el caballerete á lo mejor tenía que poner pies en polvorosa, gráfica y contundentemente advertido por una mano hombruna, y que cuando eso no ocurría las cartitas que él endilgaba á sus dulcineas le eran devueltas en forma de bolitas, así como hacen los chiquillos con sus dómínes.»

—Eso es mentira — gritó Cascajares en el colmo de la rabia y de la indignación.

—¡Que lo pruebe, que lo pruebe! — clamaron en el corro.

—Envidia, — añadió Julio, — mala voluntad de ese que es inepto para las lides amorosas, porque sin querer, sin saberlo, ha venido á referir en qué consiste lo principal de mi estrategia. Para el amor lo primero es saber montar.

El interpelado, sacó con mucha calma su cartera, desdobló un billete perfumado y leyó una declaración galante llena de faltas de ortografía. Era cursi y se retrataba muy bien el de Hinojita firmante de la carta en cuestión.

—Añadan ustedes — dijo — que el caballerete lleva una cicatriz detrás de la oreja, resultas de un palo que le propinó el marido de la señora Regúlez, cuya fama y cuya honestidad ninguno de ustedes pondrá en duda. ¡Cuántos y cuán terribles gigantes hay como éste en nuestra sociedad!

Julio Cascajares de Hinojita echó á correr con tal presteza, que ni en el Casino, ni en parte alguna, se le ha visto más el pelo.

Parece que se lo ha tragado la tierra ó que cargó con él el demonio.

No lo olviden ustedes. No todos los que beben el aire tienen pulmones para ello.

Hay quien dice que ha ido á Jerusalén á hacer penitencia de los muchos embustes pregonados en su triste vida. Otros la llaman alegre porque no saben lo que se pescan.



RICARDO CASTELLVET



El baile. — Ensayando piruetas.

Esposa y manceba

I

Acababan de cenar.

El y ella, á un lado de la mesa cada uno, permanecían silenciosos, inmóviles, sin mirarse. Se había producido la primera riña matrimonial, por una divergencia surgida inesperadamente, por una futilidad sin importancia.

Y sin embargo, los dos habíanlo tomado á pecho.

Continuaron mudos durante largo rato. Por fin él, Luis, guapo mozo que no alcanzaba á los treinta, levantóse resuelto de su asiento.

—Me voy, ¿oyes Adela? me voy — dijo dirigiéndose á su esposa. — Esto es insufrible, inaguantable. No hace un mes todavía que me he casado y abomino ya del matrimonio. ¡Oh, quién pudiera deshacer lo hecho...!

Y Luis corrió á su cuarto, en busca del bastón y del sombrero.

Ya en la puerta, Adela le detuvo.

—¿Dónde vas á estas horas? — interrogóle con voz trémula.

La pregunta era insinuante, pero sin detenerse á considerarla, brusca, rápidamente contestóle:

—No lo sé. Donde me plazca; donde encuentre mejor trato que el tuyo.

Y de golpe, cerró la puerta tras de sí.

II

La escena en un gabinete alhajado con suntuosidad y elegancia.

A un lado de la habitación, reclinada indolentemente en un diván, está una mujer, cuyo descuido en el traje y total aspecto, señalan claramente á la encopetada meretriz, de encantos prematuramente malogrados.

La puerta rechina de pronto y alguien penetra en la estancia.

—¡Mi Luis! — exclama la sensual ninfa, incorporándose. — ¡Qué caro eres de ver! Un siglo te has pasado sin poner los pies en esta casa.

—Cierto, si llamas un siglo á treinta días.

—Es que treinta días sin ti, son muchos, demasiados. Pero ven, siéntate, querido mío. Apuesto á que me tenías ya olvidada... ¡Señor, y qué ingratos sois los hombres!

Y apoyando con desenfado su brazo en el hombro del recién venido, añadió:

—Bueno; y dime: ¿qué causa es esa de tanta importancia que te impidió venir? ¿Puedo saberla?

—Nada. Conveniencias sociales; ya ves si es poca cosa — contestó él.

—¿Conveniencias? ¿Pero de qué género? A ver, á ver.

—¡Qué preguntona estás! Con todo, te diré: conveniencias... matrimoniales, ¿sabes?

—¿Eh? — interrogó ella con extrañeza.

—Matrimoniales... ¿entiendes?

—¿Matrimoniales?... ¿De qué? ¿con quién?

—¡Toma! Con mi mujer.

—¡Cómo! ¿Te casaste acaso?

—Pues...

Convencida de la seriedad de sus palabras, estalló en sus labios la siguiente frase:

—¡Valiente tontería! Ya te convencerás de que has hecho muy mal.

—Lo creo. Y lo peor es que no necesito convencirme, porque á estas horas estoy convencido ya. Si así no fuera, quizás no hubiera vuelto

por aquí. Te digo la verdad: pensé ser fiel á mi mujer; pero ahora que conozco su carácter, comprendo que no merece tal sacrificio. ¡Es testaruda como un demonio; no puedes figurártelo...!

—Vamos, que te cayó la lotería. Cuando yo digo que los hombres sois unos papanatas... Hay que desengañarse: vuestra casta esposa — y acentuó estas palabras — no os sirve sinó de tormento. ¡Ah! Tristes, pobres, si no fuera por nosotras... ¡por nosotras, que endulzamos vuestras penas! ¿Verdad, amor mio?

Y lanzándose á su cuello, estrujando á Luis entre sus brazos, uniéronse sus bocas en apretado beso, sensual, apasionado, ardiente.

RICARDO CLARET FÁBREGA



— ¡Y que digan después los sabios que en el equilibrio esta la armonía universal!

Astros

Oye: tus ojos tan profundas huellas
dejaron para siempre en mis entrañas,
que en las noches tranquilas
suelo mirar absorto las estrellas
sobre la cresta azul de las montañas,
tan sólo porque en ellas

me parece que miro tus pupilas
jugar entre la red de tus pestañas.

—
Y entonces, vida mía,
pierdo toda mi calma
y hasta el fondo del alma

torno azorado la mirada fría:
y al contemplar de tu desdén los rastros,
por no ver más tus ojos bien quisiera,
con ira de pantera,
rasgar los cielos y extinguir los astros!

JULIO FLOREZ



— Me tapo con la cortina, porque, francamente, el otro acaba de empeñarme el vestido, y la papeleta es corta para la hoja de parra que necesito.

El beso

A ADRIANO ROCHER

(Del portugués.)

Reclinada indolentemente en un sofá hállase la vizcondesa, y con tal abandono, que lleva libre el descote de toda servidumbre y sueltos los cabellos por la espalda de nieve.

Sus pies pequeños calzan zapatitos de satín azul...

Por su pierna de hada levántase el vestido corto hasta la liga...

En sus labios, mimoso nido de besos, deslízase dulce sonrisa.

De los jarros de flores vuela al ambiente un aroma suave, pèrfido, y así la hermosa parece una princesa oriental embriagada por el narcótico exprimido de las plantas.

Los rayos del sol quiébranse en los cortinajes de randa, yendo á perderse muellemente en los tapices de la alfombra y en la sala.

Un pájaro, color de cielo desmayado, penetra sin alboroto en la estancia, y de un vuelo, va á posarse junto al cuello ebúrneo de la dama, dándole, á modo de caricia, el batir de sus alas en el rostro de ángel. Ella, entreabriendo sus párpados con cándido y delicioso movimiento, prende al ave entre sus manitas, y cierra sus labios sobre el pico de su amante, con beso purísimo de amor... Después juguetea en su boca una sonrisa casi imperceptible.

El pájaro suelta al aire su arrullo enamorado, bate las alas, y levantando el vuelo, piérdese en el azul sin fin.

OSCAR SILVIO

Filosofía experimental

Pues ella se enamoró,
justo es que corresponda:
si yo quiero su dinero,
ella quiere mi persona.

Y en este vivir humano,
desde el ser hasta el no ser,
¿qué hay si no matemáticas?
¿Qué en amor? Regla de tres.

FÉLIX ARMENGOL

— El marqués juega ya sobre su honor... ¡tate!



El zoólogo.

Don Alejo Balmuro, cuya muerte acaecida á los ochenta y pico, me anuncian los periódicos, era un sapientísimo zoólogo. Fué también un ente muy original y guardo entera en mi memoria la impresión singular que me causó una visita hecha, algunos años atrás, á aquel raro personaje en su magnífica posesión de Zalarda.

Habia ido yo á veranear en ese delicioso punto todavía desconido de los turistas, lo cual constituye uno de sus principales atractivos. Nada, á mi entender, despoetiza más el encanto de un sitio embellecido por la mano de la naturaleza como esas avalanchas de conocimientos que se precipitan impulsados por la curiosidad ó el *snobismo*, pasean su curiosidad indiscreta por todas partes, turban la majestuosa paz de las selvas y de las alturas con sus graznidos y encaran á todos lados el tubo de la maquinilla fotográfica.

En Zalarda el excursionista es un animal ignorado. Como lo es casi el forastero aislado. Decir como la casualidad me llevó á aquel agreste rincón de uno de los valles más pintorescos de España, sería cosa demasiado larga. Apuntaré tan sólo que llegué allí una mañana, que quedé extático ante la hermosura del paisaje y decidí instantáneamente pasar todo el verano en aquel Edén. El maestro de escuela consintió gustoso en tomarme por huésped y desde el primer día empecé á recorrer la llanura y los bosques y el vecino monte en todas direcciones, ávido de aires puros, de dulce soledad y de emociones panorámicas.

En una de mis correrías encontréme con don Alejo. Era un robusto anciano, erguido y recio, de aspecto simpático. Su encuentro sacóme muy á propósito de una situación algo molesta; habíame extraviado en medio de la selva; estaba muy lejos de mi alojamiento, la noche se me venía encima y no sabía por que lado tomar. Don Alejo — cuyo nombre

y personalidad ignoraba todavía — me sirvió de guía y no me dejó hasta la entrada del pueblo. Durante hora y media hablamos como buenos compañeros de mil cosas distintas, pero sin dirigirnos pregunta alguna acerca de nuestras respectivas individualidades.

El maestro de escuela, que me aguardaba con inquietud y á quien referí mi aventura, me hizo saber entonces que el anciano en cuestión era don Alejo Balmuro, el zoólogo eminente, el viajero ilustre de cuyos descubrimientos y de cuya ciencia se había hablado en todo Europa. Añadió mi huésped que el respetable sabio vivía retirado, hacia ya más de diez años, en su magnífica casa, á un kilómetro del pueblo, llevando una existencia muy original, muy huraña. Pasaba á veces semanas enteras encerrado en su quinta, sin poner los pies afuera, en medio de sus soberbias colecciones zoológicas; otras veces dominado por una especie de fiebre locomotiva, veíasele triscar á todas las horas del día, y hasta de la noche por cimas, riscos, senderos y senderillos, con un ardor incansable, colgada al cuello una caja de madera en la cual metía toda suerte de insectos y de sabandijas. No recibía nunca visita, no abría su puerta á nadie y habitaba sólo su inmenso caserón rodeado de un vasto parque, sin más compañía que la de un criado y una criada, viejos como él y de cuatro enormes perros.

* * *

Dos días después me encontré de nuevo al insigne naturalista en el lindero de un bosque. Le saludé respetuosamente expresándole la satisfacción que sentía en poder ofrecer mi tributo de admiración, al propio tiempo que de gratitud por el servicio recibido la antevíspera, á uno de los hombres más eminentes de la ciencia moderna. En un principio, el semblante adusto y avinagrado del sabio pareció acoger mi entrada en materia con muy mala disposición de ánimo, pero á

poco se fué humanizando y consintió en platicar conmigo. Hice girar hábilmente la charla sobre los viajes que por Africa, América y Oceanía hiciera don Alejo y bastó esto para que mi interlocutor se mostrara luego expansivo y amable. Nos separamos cordialmente tras dos horas de caminata; volvimos á encontrarnos al otro día... y finalmente, al cabo de dos semanas éramos inseparables. Andábamos y conversábamos mañanas y tardes enteras; pero no me había invitado una sola vez á entrar en su casa. Hasta que un día, uno de los primeros de octubre le manifesté que mis vacaciones iban á expirar y que me disponía á regresar á la ciudad. Entonces me dijo:

—Lo siento mucho. Sois un excelente compañero de paseo y os echaré mucho de menos. Pero no hemos de separarnos sin que vengáis á comer conmigo. Mañana á las doce os espero; no faltéis... Os enseñaré mis colecciones.

* * *

Al otro día, cinco minutos antes de dar las doce llamaba á la puerta de don Alejo. Abrióme su criado ya sesentón, de rostro bronceado y enérgico que me introdujo en un anchuroso vestíbulo, severo, pero lujosamente decorado con trofeos de armas de todas clases, carabinas europeas, rifles americanos, espingardas marroquies, arcos y flechas australianos, sables japoneses, driks malayos, alfanjes tunecinos, gummias rifeñas... un arsenal completo en una palabra. No había tenido tiempo de examinar detenidamente la curiosa armería, cuando el criado compareció de nuevo para conducirme al gabinete de su amo, quien me recibió con la más afectuosa cortesía. Y como en aquel preciso instante dieron las doce campanadas, exclamó don Alejo cogiéndome del brazo:

—A la mesa, amigo mío, á la mesa.

Opipara fué la comida á la que hicimos verdadero ho-

nor invitante y convidado. El señor de Balmuro devoraba con soberbio apetito y no dejó de causarme cierto asombro el uso frecuentísimo que hacía de los exquisitos mostos servidos con magnífica profusión. Vinos de España, de Francia, de Italia, de Hungría, de todo había y de todos cataba ampliamente. Y cuando al terminar el banquete, al saborear tras un delicioso y auténtico moka, la copita de riquísimo *sine champagne* senti el cerebro elevado á altísima presión, no dejé por ello de reparar que la fisionomía de mi ilustre huésped estaba encendida y que sus ojos brillaban con vivos fulgores.

—Ahora vamos á visitar mis colecciones —dijo con voz algo insegura y levantándose con paso no muy seguro.

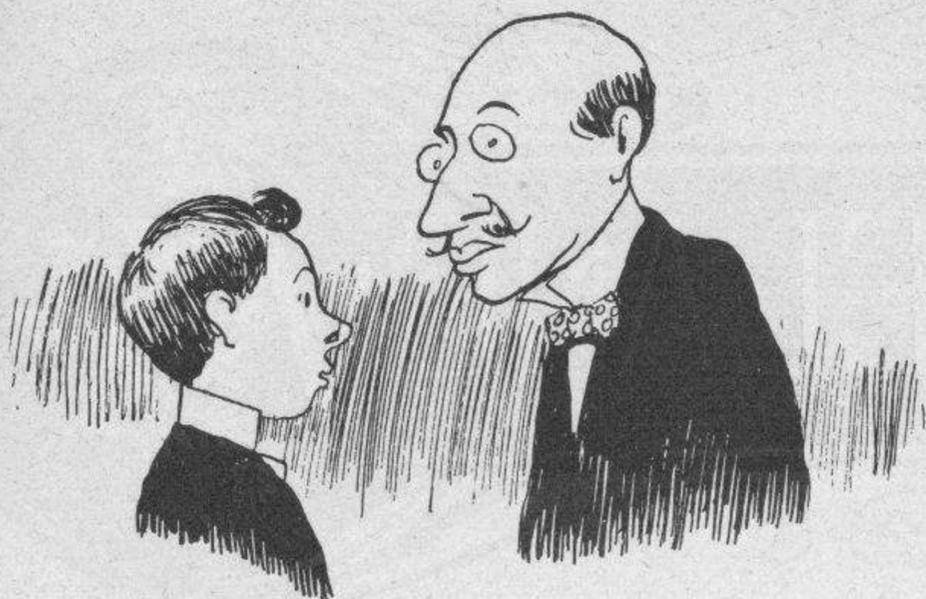
Espléndido era el número que ocupaba varias salas espaciales y serian indispensables largos capítulos para describir detenidamente todas las infinitas riquezas de una fauna acachada durante largos años, en todos los países del globo. Millones y millones de especies yacían allí, inmóviles, sumidas en la impasibilidad de la muerte, ostentando sus indescriptibles variedades, tras los cristales de las victimas, ó bien — los ejemplares, de gran talla — sobre largas mesas de encima. Desde el imperceptible insecto hasta el colosal mamífero ó el gigantesco reptil; desde las aves más raras á los más curiosos zoófitos, podía la mirada del visitante contemplar todo cuanto la asombrosa fuerza creatriz de la naturaleza ha hecho brotar en la tierra, en las aguas y en los espacios.

Don Alejo me mostraba tipos más notables de su soberbio museo con la orgullosa satisfacción del sabio y del coleccionista: su lengua no reposaba un momento y esa

elocuencia gráfica pintoresca iba explicándome los detalles curiosísimos, las circunstancias extrañas que



Me parece que he medido mal los escalones.



—¿Cuántos reinos hay en la naturaleza?
—Dos, el yankee y el otro.

habían acompañado á la captura y á la muerte de tal cual animal que teníamos á la vista. El señor de Balmuro además de zoólogo y de viajero había sido un cazador de primer orden y en las largas exploraciones por los misteriosos continentes había arriesgado mil veces la vida. Sus recuerdos renacían poderosos á cada paso que avanzábamos y sugeríanle interesantes narraciones que con frecuencia cortaba en seco ó interrumpido para pasar á otra inspirada por el aspecto de otra alimaña.

«¿Veis esa enorme araña?... — decía enseñándome un bicho velludo, asqueroso, que parecía moverse todavía dentro del frasco de alcohol — conseguí cogerla en el Congo y embotellada; pero tuvo élla tiempo de picarme y estuve ocho días entre vida y muerte, con el brazo horriblemente hinchado...

—¿Veis este reptil? — añadía indicándome una soberbia serpiente larga de dos metros. — Es la serpiente amarilla de la India: la mordedura mata en dos minutos, jamás llegará el hombre á tiempo para curarse de sus efectos; reparad... tiene la cabeza rota... rota del culatazo que logré acertarla en el momento que, furiosa, se lanzaba sobre mí.

—¿Veis esa pantera de Sava?... En el muslo llevo todavía la larga cicatriz de la cruel herida que me causaron sus garras; afortunadamente llevaba ya en el vientre la bala de mi carabina y cayó muerta en el instante mismo en que me hería...

Sobreexcitábase el naturalista con el recuerdo de sus peligros y de sus hazañas y probablemente los efectos del vino entraban por gran parte en su exaltación. Acababa de mostrarme, con ojos llameantes y riendo con risa nerviosa un gorila de gigantescas pro-

porciones, á quien había conseguido matar después de una lucha desesperada, en las orillas del Zambeza, cuando de pronto me dijo:

—Venid, quiero ahora enseñaros la fiera más terrible, más dañina de mi colección... la que más daño me causó, la que... venid, venid.

Y arrastrándome hacia una pequeña salita en que no habíamos penetrado todavía, me mostró con el dedo una caja de ébano, de forma rara, colocada sobre un gran zócalo de mármol negro. Abrió con una llavecita, levantó la tapa de la caja y pude contemplar con indefinible sorpresa mezclada de espanto, el cuerpo de una mujer joven, hermosa, admirablemente em-

balsamada.

—¿Verdad que era bellísima? — preguntó don Alejo soltando una siniestra carcajada. — Si... era bella, deliciosa, pero también muy fiera, muy pérfida y cruel... Me hizo mucho daño... ¡mucho!

—¿Y también la mató usted como á las otras?—pregunté estremecido.

Miróme con ojos sarcásticos y sombríos y contestóme:

—Es usted muy curioso, joven: Y ahora váyase usted... es tarde ya y el sol se pone.

Condújome, silencioso, hacia una puerta que daba al jardín, me empujó afuera y cerró sin añadirme palabra más.

JUAN BUSCON



—¿Qué te parece el desarme del zds ruso?
—Disparate; mayormente nosotros, la empalmamos de navaja ó de vino.

Cañitas

I

Porque todos te conocen
no te des por satisfecha:
¡La esquila se oye de lejos
y su sonido molesta!

II

Ojalá mi pensamiento
logre despertar tu alma,
y el recuerdo de mi imagen
te colorea la cara...

III

Madre, que bonitas son
las flores del cementerio,
parece que están formadas
de ilusiones del que ha muerto.

J. ENRIQUE DOTRES



Almanaque del periodista:
 Días de trabajo: todos los del año.
 Días de fiesta: las ocasiones en que se cobra.
 Primavera: cuando le acaricia el aura popular.
 Verano: cuando le abrasan pidiéndele original.
 Otoño: cuando vendimia el producto de alguna ganga.
 Invierno: cuando para él sopla el viento glacial de la indiferencia.
 Eclipses: siempre que hay recogida.
 Gala con uniforme: al estrenar un traje.
 Epocas célebres: la de la fundación del periódico, la del nombramiento de redactor, la de la primera paga, la de la poesía *A ella* que le valió un sí, y la de declararse á una casada que le valió una paliza.

En una de las salas de la casa de dementes de Leganés se pasea uno de estos desgraciados. Su única manía es cuando alguno visita el establecimiento, preguntarle:
 —¿Tiene usted suegra?
 Si la contestación es negativa.
 —Dichoso de usted—dice.
 Pero si el interpelado contesta afirmativamente:
 —¡Desgraciado, no tardará usted en venir aquí y se retira.
 Si ve á una mujer, corre á esconderse, gritando:
 —La serpiente, la serpiente, la suegra de Adán.

Una disputa infernal se armó en casa de Jeroma, al hacer un memorial:
 —Ponga usted punto final.
 —No, señor; es punto y coma.
 —Yo le digo á usted que nó.
 —Yo le digo á usted que sí.
 —¡Usted enmendarme á mí!..
 Pero Blas se aproximó cuando llegaban aquí, Le enteraron los demás, y él les dijo:—Yo respondo de que es punto y nada más.
Y como lo dijo Blas, hicieron punto redondo.

Un gato se dolía de que ninguna gata le quería; y un perro se quejaba porque más de una perra le adoraba.
Dí tú, caro lector, y di sin yerro, qué serías mejor, si gato ó perro.

Un hombre que bañándose en el mar estuvo á punto de ahogarse, decía:
 —No me vuelvo á meter en el agua hasta haber aprendido á nadar.

En el paraíso del Teatro Real.
Una señorita.—¡Ay! ¡ay! ¡ay!
 —¿Qué ocurre?
 —¿Qué es eso?
 —¿Quién grita?
Un guardia.—¿Qué tiene usted señora?
 —¡Nada, que hay algunos hombres muy imprudentes!

Un *guripa* de esos que viven en Madrid de milagro, se quejaba la otra noche de que le era imposible viajar.
 —¿Por qué no puede usted viajar? Le preguntó una señora.
 —¡Imposible! Me es de todo punto imposible salir de Madrid.
 —¿El motivo?..
 —En Madrid tengo yo, señora mi propiedad segura. Debo en todas las fondas y me fían con la esperanza de cobrar.

CHARADAS

I

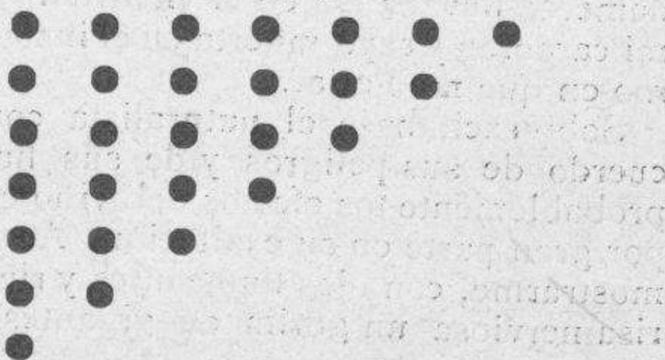
Rueda *primera segunda* también *una, dos, tercera* y la *prima tres* es muerte visto de cualquier manera.

II

En música, está la *prima* en música está la *dos* y entre música está el *Todo* ó sea la solución.

LUIS LÓPEZ DE LOME.

Triángulo



Substituir los puntos por letras, de forma que leídos vertical y horizontalmente, expresen: primero, Bella capital europea; 2.º, Célebre pintor griego; 3.º, Lo que no les deseo; 4.º, En el mar; 5.º, Artículo; 6.º Tiempo de verbo; 7.º, Consonante.

ANTONIO ARROYO.

Cuadrado

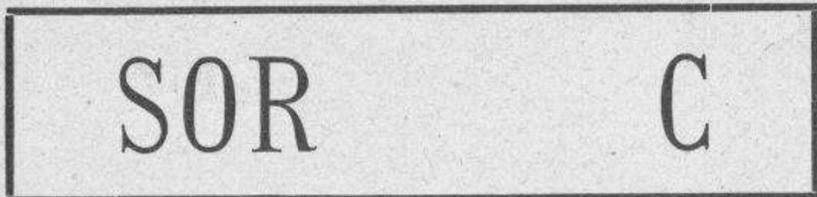
```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
    
```

Substituir las estrellas por letras, de forma que vertical y horizontalmente se lea: 1.^a, Actor romano del tiempo de Cicerón; 2.^a, Verbo; 3.^a, Lago de Rusia; 4.^a, Verbo, y 5.^a, Tiempo de verbo.

JOSE GARDIELLO.

Jeroglífico Comprimido



AURELIA NOGUÉ.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Cabecea. — Coloco,

ROMBO: A
 O D A
 A D E L A
 A L A
 A

CRUZ: A E
 L M
 A L B I N A
 E M I L I A
 N I
 A A

ADIVINANZA: Artemio.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Entrevista.

Correspondencia

Vaya, ensayemos:

P. M. O. — Bien se conoce que no es esa su ocupación.

I. M. — Incorrectísimo.

P. M. G. — El soneto no está mal, pero el asunto excesivamente manoseado. Lo otro no se habrá recibido.

Q. M. C. — No es publicable, dispense.

B. P. de S. — Creo que con cuidado y comenzándose conseguirá V. algún éxito. Por ahora no puedo com-
placerle. Veamos algo más.

P. S. M. — Muy largo y bastante incorrecto Asun-
tos de más miga. La miscelánea es vieja.

Q. B. — Demasiado ligero.

Q. D. V. — Hombre, no está del todo mal; veremos
si quitando algunas incorrecciones, aunque no se lo
aseguro.

M. L. — No puedo servirle.

V. del P. — Lo mismo, hidalgo.

A. A. y M. — ¡Qué manoseado está eso, querido!
Busque la amenidad en todo.

V. L. — Incorrectísimo.

F. B. de B. — Sin importancia.

N. Q. E. — ¡Qué demonio, y cómo me he reído!

Alfabero. — Me parece que sí, que está V. deletrean-
do todavía.

M. M. J. — La elección me parece mala.

L. de A. y D. — Si no sabe V. su mismo idioma
¿cómo se le ocurre traducir á los franceses?

Q. G. — Con V. hago excepción y me separo de las
notas breves.

Ella. — Ven acá, so esavorío.

¿Quién te ha dicho
que el hortel de mi huerto
y en particulá el tomate
está marchito, blanducho y esavorío.

Él. — Pues toma ¿qué quién? Pascual
el mozo que á tu servicio
y al der mesmo tu papá
tuvisteis en el marjal

Ella. — Eso no pué icir Pascual
cuando sirvió en el marjal...

Nó, seguramente malos quereres de las pícaras con-
sonantes. Pero sigamos que ahora viene lo bueno.

Él. — Es un ingrato, María,
yo que por tu fruto daría
toita la cristiandá
no me dás di la esperanza
que aguarda la humaniá.

Ella. — ¿Qué tié que ver la hortaliza
con eso á la humaniá?

Muy bien replicado, y eso digo yo: ¿qué tienen que ver
Cristo con las pistolas y las reglas retóricas y poéticas
con su numen?

Talento fué comparar á la fantasía con el caballo
alado, porque á V. se le desboca, y amigo, me planta
diez cuartillas de diálogo como el anterior que á Dios
habla de tú.

Y á pesar del estilo telegráfico no puedo dar fin á
todas las cartas. Paciencia.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.



Ya sé que me siguen ustedes.



20 cénts.

Núm. 415

